

NUESTRA IDENTIDAD Y NUESTRO CARISMA ORIGINAL

ALGUNAS REFLEXIONES HISTORIOGRÁFICAS

Paul Oberholzer, S.J. (HEL)

Investigador

Roma, Archivo Histórico de la S.J.

El segundo decreto de la Congregación General XXXI invita a toda la Compañía de Jesús a reformar nuestra vida religiosa según el espíritu del Concilio Vaticano II, que pide renovar a fondo nuestra manera de vivir y de trabajar, nuestras leyes y estructuras. Al igual que todos los religiosos debemos referirnos siempre y de nuevo a las fuentes esenciales de nuestro carisma fundamental. Según la C.G. XXXV esta identidad originaria, que hay que buscar permanentemente, está estrictamente unida a nuestra misión y a nuestro modo de vivir la comunidad (C.G. XXXV D.2.19). Nuestra vocación ignaciana se realiza esencialmente en una percepción y realización del conjunto de tres cosas que van unidas: identidad, misión, comunidad.

Cada vez que volvemos a nuestros orígenes, de los que destilamos nuestra identidad religiosa, encontramos una connotación histórica, porque los orígenes de toda institución se encuentran en el pasado. Sin embargo, la concentración exclusiva en las fuentes más originales y antiguas terminaría, con facilidad, en una apropiación a-histórica si la atención no se detiene en las condiciones y en las circunstancias que han constituido el marco de la vida religiosa cotidiana “de nuestros padres” y del desarrollo de nuestro instituto, dando así comienzo al círculo de los amigos hasta la orden religiosa de derecho pontificio. La obra de John O'Malley, S.J. “Los primeros jesuitas” ofrece al respecto una buena orientación.

Al estudiar los documentos fundantes, al buscar el carisma originario, debemos darnos cuenta de que los puntos esenciales, que constituyen la identidad de los jesuitas como de cualquier colectivo social, no se encuentran necesariamente en los documentos más antiguos. Y llegamos así a dos interrogantes que son claves: ¿Qué significa identidad originaria? Y ¿Desde cuándo podemos verdaderamente hablar de la Compañía de Jesús como comunidad religiosa?”

De seguro, ningún jesuita niega la importancia de esta referencia a las fuentes originarias. Pero no se trata de una decisión recién tomada, sino que acompaña toda nuestra historia. Todas las Congregaciones Generales de la Antigua Compañía se preocuparon por fijar un canon esencial e inmutable: ¿cuáles son los documentos y los párrafos que forman parte del Instituto que representa la identidad de los jesuitas, referencia obligada para todos los miembros a la hora de definir su vida religiosa y que podían presentarse como componentes indiscutibles a las autoridades eclesiales o seculares, fuera de la Compañía? Esta búsqueda de un núcleo seguro, algo que sirviera para proteger la Compañía contra ingerencias arbitrarias lanzadas desde fuera, acababa convirtiéndose en sutiles discusiones, que nunca llegaban a una conclusión y que fácilmente bloqueaban cualquier proceso de actualización.

Según los criterios historiográficos ¿qué retos se presentan en la búsqueda de nuestra identidad originaria? Nos adentramos en un ámbito en el que compartimos interrogantes comunes con los historiadores laicos. Me refiero a aquellos sobre la identidad nacional o cultural, que les preocupaban y siguen preocupándoles en un intento de actualizar la conciencia historiográfica

*hay que darse cuenta de
la identidad que el
ambiente circundante
percibía*

tradicional, y a menudo aún mitológica, ante nuevos métodos científicos, nuevos resultados, una nueva mentalidad social y nuevas preguntas que separan a los intelectuales del pueblo llano. De este interrogante otros se desprenden: ¿Cuándo y dónde empieza el periodo originario y hasta cuándo dura? ¿Es posible hablar de un acto de fundación, con una fecha y un lugar que sean claros? Este acto se

convierte para nosotros en un punto de referencia que ayuda a constituir nuestra identidad religiosa. ¿Pero qué importancia tuvo este evento para los miembros que lo vivieron?

¿Cuáles son los elementos constitutivos de la identidad del grupo originario? ¿Y cuáles son los elementos de nuestra identidad allí contenidos? En la lista de valores de la primera generación ¿qué lugar ocupaban los elementos que reconocemos hoy como esenciales? Es posible que en los orígenes hubiera elementos en los que hacemos menos hincapié o que eliminamos completamente, pero ¿qué importancia revestían para la primera generación? Hay que darse cuenta de la identidad que el ambiente circundante percibía. Esta imagen puede diferir esencialmente de la identidad conservada en documentos fundacionales, pero suele ser uno de los indicadores más auténticos para la “autoconciencia” de los representantes ante contenidos conservados en cánones constitucionales.

¿Desde qué punto de vista?

Es inevitable que nos planteemos preguntas sobre nuestra historia e identidad desde el horizonte de nuestras condiciones y de los retos a los que nos enfrentamos en la vida de cada día. Nunca será posible alcanzar a describir el periodo originario con la mirada de los contemporáneos. Sin embargo es preciso preguntarnos siempre qué elementos originarios reciben una particular atención. Por ejemplo: ¿se consideran como acto fundacional los votos de los siete compañeros el 15 de agosto de 1534 en la colina de Montmartre en París o la aprobación de la *Formula Instituti* por el Papa Pablo III, el 27 de septiembre de 1540 en Roma, o los votos solemnes después de la elección de Ignacio como superior general, el 22 de abril de 1541 en San Pablo extra Muros? Articular la fundación con uno u otro de estos tres elementos refleja acentos diversos en la propia identidad. Es bien sabido que en las provincias de lengua alemana los votos de Montmartre revisten una enorme importancia, mientras que en las casas internacionales en Roma la fiesta oficial del comienzo de la Compañía de Jesús se celebra el 22 de abril. Sería interesante averiguar cuál es el acto originario que ha sido privilegiado, y en qué periodo y en qué provincia. En todo caso, es importante examinar con atención si el periodo originario ha sido instrumentalizado, porque esto ocurre implícita más que explícitamente, y no es sólo una tentación de los más tradicionalistas. En este caso la referencia histórica y la conciencia historiográfica se pierden en aras de una preocupación política y actual, con sus retos cotidianos.

Visión de conjunto de las primeras nueve décadas

En lugar de buscar un momento cuando encontrar con mayor probabilidad el origen de nuestro carisma, propongo una visión de conjunto de las primeras décadas de nuestra Compañía, intentando motivar una subdivisión por épocas, a la vez consciente de que sigue siendo una herramienta auxiliar y de carácter arbitrario.

La primera época empieza con la mención más antigua del nacimiento de un grupo de compañeros, durante el periodo cuando Ignacio vivía en Barcelona, en los años 1524-1526 (autobiografía c. 56) y dura hasta la aprobación de la *Formula Instituti* con la bula *Regimini militantis ecclesiae*, del 27 de septiembre de 1540. El grupo inicial vivía todavía sin compromiso oficial ni forma institucionalizada y termina con el reconocimiento oficial por parte de una instancia superior y externa. A lo largo de estos 14 o 16 años, el grupo de compañeros se ha ido desarrollando sin una configuración fija y concreta. Sigue siendo una cuestión abierta desde cuándo este cuerpo se ha

institucionalizado y desde cuándo los miembros se reconocen como verdaderamente vinculados unos a otros. En esta época el grupo se caracteriza por ser carismático y no institucional.

*en esta época el grupo
se caracteriza por ser
carismático y no
institucional*

La segunda época inicia por un lado con la mencionada aprobación pontificia y por otro con la elección unánime de Ignacio como primer general en abril de 1540 y termina con la culminación de la redacción de las *Constituciones* y con la muerte de Ignacio, el

31 de julio de 1556. Es un tiempo creativo y fundacional. Existía la institución, pero había que seguir buscando los parámetros de cómo pasar de ser un círculo de amigos a ser una orden religiosa. Este proceso estuvo jalonado por varios experimentos y por un modo de proceder a tientas, a base de intuiciones, de reflexiones y en medio de circunstancias concretas.

La tercera época es la de los generalatos de Diego Laínez (1556/58-1665), de Francisco Borja (1565-1572) y de Everardo Mercuriano (1573-1580). Los tres conocieron a Ignacio personalmente y formaban parte de un íntimo círculo de consejeros elegidos por él. Ignacio, por propia decisión, les había confiado cargos administrativos importantes preparándolos así para el gobierno de la Compañía. Esto significa que estos tres generales todavía conocían la mente y el espíritu de Ignacio, conocimiento al que todos los jesuitas

posteriores dejaron de tener acceso. La tarea de estos tres fue sobre todo la de conservar los elementos del carisma fundacional ignaciano e integrarlo institucionalmente en la orden que iba creciendo velozmente y que debía desarrollarse en contextos diversos e imprevistos, alejándose continuamente de la presencia física de Ignacio. Los tres generales vivieron entre una adaptación razonada y una fidelidad al legado de Ignacio, a los decretos de la Congregación General I y a la promulgación de las *Constituciones*, entre creatividad y disponibilidad para crear una institución.

La cuarta época corresponde al generalato de Claudio Acquaviva (1581-1615). El hecho de que fuera el primer general que no había conocido a Ignacio personalmente (y el fallecimiento de los primeros compañeros Simao Rodrigues 1579, Alfonso Salmerón 1585 y Nicolás Bobadilla 1590) indican que el periodo originario estaba a punto de terminar. Pero durante el generalato de Acquaviva tuvo lugar la promulgación de las últimas reglas; se introdujeron muchos elementos de carácter creativo y fundacional, que llegaron a ser constitucionales y esenciales para la Compañía. Este periodo está marcado por la innovación y la institución.

Identidad, comunidad y misión en la primera época

La primera época se caracteriza, sobre todo, por una gran ausencia de fuentes escritas. Los puntos de referencia más relevantes son los *Ejercicios Espirituales* que Ignacio escribía en aquel tiempo y que sirven a los compañeros para acceder al grupo, y la *Formula Instituti* que los compañeros componían en los últimos años de la época de común acuerdo. Claro está que ambos documentos tienen carácter de identificación para los primeros jesuitas y para todos sus sucesores hasta nuestros días. No obstante, el grupo de amigos sigue siendo accesible para nosotros de un modo no fácil, porque paso a paso iban desarrollando una recíproca obligatoriedad. En París y a pesar de los votos de

los puntos de referencia más relevantes son los Ejercicios Espirituales (...) Formula Instituti que los compañeros componían en los últimos años de la época de común acuerdo

Montmartre no practican una vida comunitaria regulada, porque además de no ser religiosos tampoco está claro desde cuándo quisieron verdaderamente serlo. Después de los votos de 1534 Ignacio se despide de sus compañeros y vuelve a verlos tres años más tarde, en Venecia. Mientras, el grupo se enriqueció con la llegada de dos nuevos miembros. La pequeña comunidad no tenía en su vivir de cada día unos puntos fijos y comunes que fuesen claros para todos. Huelga decir que en este tiempo inicial se encuentran riquezas espirituales inmensas, pero hay que tener en cuenta que esta compañía, que no es todavía una institución, no puede ser más que un punto de referencia relativo para nuestra identidad jesuítica, porque hoy nosotros pertenecemos a una Orden institucionalizada, que entonces era desconocida.

Hay además matices respecto a la conciencia misionera. Entonces los compañeros vacilaban entre los ideales de ayudar a las ánimas en Jerusalén y ponerse a disposición del Papa. El primer ideal lo impulsaban las cruzadas que estaban renaciendo en la reconquista española, y el segundo lo impulsaba una vocación motivada por la percepción de que las culturas y pueblos recién descubiertos y de los que el Papa era responsable al ser *vicarius Christi* todavía no habían sido integrados en la red de la iglesia universal.

Sin embargo debemos plantearnos la pregunta acerca del posible carácter antiprotestante del voto de disponibilidad al Sumo Pontífice, formulada en el ámbito de la Universidad de París. Dicha universidad tenía en aquel entonces una clara orientación católica y en ella las doctrinas de Lutero eran condenadas públicamente. Sin embargo, las obras del gran reformador traducidas al latín circulaban entre los estudiantes y muchos de ellos simpatizaban con sus pensamientos, habiendo la profunda y esencial crítica del papado como el lazo de unión entre los movimientos reformadores. Este voto encerraría, pues, un claro elemento anti-protestante con el que hemos sido identificados durante siglos y que hemos eliminado en las últimas décadas al considerarlo sencillamente como un añadido accidental y posterior. Por ser conscientes de nuestra identidad nos interesa casi todas las menciones de aspectos o eventos históricos en los decretos de la Congregación General XXXV que se refieren a esta época carismática no institucional.

Cambios de algunos acentos en el generalato de Ignacio

La segunda época tendría que ser el desarrollo de todo aquello que los primeros compañeros habían fijado en la *Formula Instituti*. Hay muchos

documentos que atestiguan grandes discusiones y consultas entre ellos, pero la Formula aprobada por Pablo III y mas desarrollada y confirmada el 21 de septiembre de 1555 por Julio III con la bula "*Exposcit debitum*", indicaba de forma explícita que la Compañía de Jesús se encontraba in statu nascendi. Y es obvio que en esta época se concretaron muchos acentos que apuntan a una cierta discontinuidad con respecto a la época anterior. Uno de los puntos principales era la redacción de las *Constituciones* a lo cual Ignacio se dedicaba sin la ayuda de otros, mientras que disminuían de forma significativa las consultas recíprocas de los primeros compañeros. Hay que subrayar, además, que el círculo de los primeros compañeros empezaba a deshacerse, sobre todo como primera instancia colegial de la Compañía. Francisco Javier había dejado de ser un punto de referencia por su marcha a Portugal el 15 de marzo de 1540 y luego a la India el 7 de abril de 1541. Y esto a pesar de mantener una amistosa e intensa correspondencia con Ignacio y de llegar a ser una gran autoridad con respecto a la identidad misionera de la Compañía. Pedro Fabro murió en 1546 y las relaciones de Ignacio con Bobadilla y Rodrigues se revelaron cada vez más conflictivas porque éstos no aceptaban la autoridad del general. En definitiva los primeros compañeros viajaban demasiado para dar forma al nuevo Instituto, y así la estructura inicial en forma de círculo fue suplantada por la estructura piramidal, encabezada por la figura y la autoridad del general.

Y mientras, Ignacio empezaba significativamente a nombrar nuevas personas como sus consejeros confiándoles importantes cargos. En 1547 Juan Polanco era nombrado secretario de la Compañía y brazo derecho de Ignacio como lo atestiguan las *Constituciones* y las numerosas cartas que llevan el imborrable sello de Polanco. Una persona indispensable para el desarrollo de la Compañía fue Francisco Borja, que entró en la Compañía clandestinamente en 1546 y que hasta 1550 garantizó la financiación y al mismo tiempo hizo posible la realización de muchos proyectos: en 1546 la fundación del primer colegio en Gandía, en 1548 la publicación impresa de los *Ejercicios Espirituales*, en 1551 la fundación y dotación del Colegio Romano y la construcción de la Iglesia del Gesú, en Roma. Y además era el principal referente entre la nobleza de España y la Compañía. Gracias a él, la Compañía era vista como una orden seria y bien estabilizada. No faltaban tampoco voces que criticaban la íntima relación entre Ignacio y Francisco de Borja. En 1552 Jerónimo Nadal fue nombrado comisario para la promulgación de las *Constituciones*, para que el vínculo entre periferia y centro fuera fuerte y esencial. Podemos decir que con las *Constituciones* la Orden estaba hecha, y ahora faltaba hacer al "jesuita" en un grupo que no llegaba a los mil miembros con diversa identidad y formación.

Con ese nombramiento, Nadal llegó a convertirse en un fuerte elemento para el desarrollo de la identidad jesuítica, tan importante como lo fue Laínez entre los primeros compañeros, el único de entre los primeros amigos a quien se le confiaron competencias de gobierno de excepcional relevancia.

Al viajar por toda Italia, Laínez, desde los años '40, entró en contacto con la nobleza y con los representantes de los ayuntamientos y era reconocido como reformador de varios monasterios y conventos, como profesor universitario y como predicador que arrebató. Para la percepción de la Compañía en Italia los compromisos de Laínez importaban más que la vida de Ignacio y es así que se convierte en elemento constitutivo para la identidad percibida desde fuera. A esto hay que añadir la quema de libros protestantes en Venecia en 1542 y su empeño en la conversión de los judíos en Roma, que compartía con Ignacio y que causaban una nueva política pontificia en la ciudad de Roma, donde los judíos habían vivido durante décadas en un ambiente relativamente tranquilo.

Elementos de identidad para los miembros

En los últimos treinta años se iba definiendo una identidad que iba a ser característica por los años a venir, pese a que las condiciones no fueran las mismas. En aquel tiempo, los compañeros formaban un pequeño grupo de

*en la década de los '40
Ignacio y Polanco elaboraron
unas reglas claras para la
correspondencia, válidas en
primer lugar para los
compañeros itinerantes*

miembros itinerantes dispersos al comienzo por toda Italia y poco después por toda Europa. A menudo viajaban solos, poniendo así en peligro la conciencia de pertenencia. Así que un intercambio directo y recíproco era bastante infrecuente. Los primeros compañeros empezaron a informarse entre ellos con regularidad tanto por iniciativa de cada cual como por disposición de

Ignacio mediante cartas. Por un lado escribían cartas a Roma, donde un compañero responsable redactaba las informaciones y las hacía llegar a los otros; por otro los compañeros daban a conocer las paradas previstas en su itinerario y las direcciones donde encontrarlos. Hay testimonios relativos a la falta de comunicación y quejas por la falta de apoyo fraterno.

En la década de los '40 Ignacio y Polanco elaboraron unas reglas claras para la correspondencia, válidas en primer lugar para los compañeros itinerantes y luego para los provinciales y superiores de las residencias. Dichas cartas tenían en su origen una función edificante y alimentaban la conciencia de jesuita en periodos de larga ausencia y enorme distancia. Al mismo tiempo, para la administración de la Compañía iba adquiriendo una mayor importancia el carácter oficialmente informativo de estas cartas.

En la segunda mitad de los años 40 se añaden otros dos elementos que se revelarán como centrales para la identidad del jesuita y, sobre todo, para su percepción: la fundación de los primeros colegios y la construcción de iglesias, aunque todavía no de tipo barroco. Ambos elementos se convertirían en factores visibles de la Compañía de Jesús y que le dieron una imagen en todas las ciudades católicas de la época moderna. Además los jesuitas eran cada vez menos predicadores, mediadores o “embajadores” itinerantes, y cada vez más docentes y pastores residentes en un lugar fijo.

Desarrollo en la tercera época

Los 24 años de la tercera época se caracterizan por un notable aumento de los miembros que pasan de ser 1000 en 1556 a ser 5165 en 1580. Los jesuitas empiezan a estar presentes en algunos países de Europa del Norte y, sobre todo, en las colonias españolas en América. No es posible en este breve artículo describir toda la época y tampoco extrapolar los elementos esenciales que fijaban y cambiaban la identidad.

Como primer punto hay que subrayar que el número de colegios aumentaba más lentamente que el de los miembros de la Compañía. Laínez y Borja querían, y lo manifestaban explícitamente, reducir las nuevas fundaciones y aumentar el número de miembros por residencia, lo cual difería de la política de Ignacio. Disminuía y con el tiempo desaparecerá de las instrucciones escritas por los Generales el rasgo de edificación amistosa y recíproca para dejar paso por completo al elemento informativo de más importancia para la administración central. Así que el componente de vinculación entre los miembros fue siendo cada vez más aquello cotidiano reglamentado por la vida en comunidad. Así que la imagen de los jesuitas se verá marcada por la comunidad grande, por lo menos con 12 a 20 miembros y a veces más. El mayor número de vocaciones venía, además, de estas grandes comunidades, abiertas y acogedoras. El testimonio directo de la vida comunitaria se convirtió

en uno de los factores más eficaces de la pastoral vocacional y en un elemento constitutivo de la misión jesuítica.

El carácter edificante de la correspondencia personal pasó a ser un elemento típico de las llamadas "*litterae cuadrimestres*", más tarde llamadas "*litterae annuae*". Cada residencia enviaba un informe redactado según un esquema fijo acerca de la situación actual y de los eventos recientes, en un primer momento cada tres meses y luego cada año. Los textos se recogían y copiaban en las casas provinciales y luego se enviaban a Roma, donde se redactaban nuevamente y luego se imprimían, para difundirlos a todas las provincias. Estas "*litterae annuae*" se leían en el refectorio de todos los colegios. Y así cada jesuita recibía con regularidad información sobre la vida religiosa en todas las residencias de la Compañía. Estas cartas querían sobre todo dar ánimo; no se mencionan fracasos o calamidades, pero mediante estas "*litterae annuae*" se avivaba y galvanizaba en cada jesuita la conciencia de formar parte de una orden presente en varias culturas y en diversos países con distintas misiones: un elemento central de la identidad jesuítica.

En el Concilio de Trento, Laínez luchó por un papado fuerte y se impuso contra los defensores de una idea más episcopal. En las conferencias religiosas en Poissy logró convencer a la reina de Francia para que concediera a los protestantes una mínima libertad religiosa. Con ello creó una imagen constitutiva de la Compañía que determinaba no sólo la percepción externa sino también la identidad interna, aunque estos componentes no estén presentes ni en las *Constituciones*, ni en las cartas de Ignacio.

Tarea de estos tres Generales fue asimismo concretar los factores esenciales identificados por Ignacio. Laínez, y sobre todo Borja, luchaban por el voto especial de obediencia al Papa, provocados por obispos y cardenales que pretendían gozar ellos también de la disponibilidad que los jesuitas habían ofrecido al Sumo Pontífice. Tras largas observaciones, Borja aclaró con vigor que este voto se refería solamente a directrices expresadas por el mismo Papa, sostenido en esta interpretación directamente por el Papa Pío V. Y logró

aclarar las preguntas alrededor del coro y de los votos simples y solemnes, todos éstos, componentes heredados de Ignacio y que había que adaptar a los tiempos.

Borja introdujo también innovaciones creativas: el noviciado de dos años en una casa separada de las casas de los profesos y de los colegios, programa que se conserva hasta nuestros días. Fijó, asimismo, la meditación cotidiana de una hora que formó parte de nuestra vida religiosa hasta la Congregación General XXXI. Algunos intérpretes ven en esta decisión de Borja una traición al auténtico espíritu de Ignacio. Candido de Dalmases la caracteriza, por el contrario, como una creativa, pero auténtica, actualización ante las cambiadas circunstancias. Mercuriano favoreció más que sus predecesores las fundaciones de colegios en regiones donde el protestantismo se iba expandiendo. Y así los países de Europa del Norte adquirieron más importancia y se iba afianzando cada vez más la imagen de los jesuitas como luchadores en contra del movimiento reformador.

Puntos centrales en el Generalato de Acquaviva

El generalato de Claudio Acquaviva fue el más largo de la historia de la Compañía, y duró de 1581 a 1615, época en la que se añadieron algunos elementos y hubo desarrollos de carácter constitutivo. Las Congregaciones Generales V y VI, de 1593 y 1608 respectivamente, decidieron y confirmaron la prohibición absoluta de admitir a neocristianos, lo cual cambió profundamente la Compañía con numerosos miembros de origen neocristiano que gozaban de gran influencia. Entre los primeros jesuitas muchos eran neocristianos, por ejemplo: Diego Laínez, Juan Polanco y Jerónimo Nadal. La administración de Ignacio y de Francisco Borja fue muy generosa hacia candidatos de origen judío o musulmán, y que sin embargo dejaron de poder entrar en la Compañía hasta 1946, cuando fue eliminada la prohibición.

En 1599 se promulgó la *Ratio Studiorum* y fue así que todos los colegios recibieron un programa didáctico común que constituyó un vínculo de unificación hasta 1773 y, parcialmente, en el siglo XIX. La *Ratio Studiorum* llegó a ser un punto de orientación para muchas otras escuelas católicas y un factor constitutivo de la vida cultural y educativa europea. La Congregación General VI, de 1608, prescribió la obligación de hacer anualmente los Ejercicios de ocho días para cada miembro. En esa misma Congregación General se confirmó el carácter centralizado de la Compañía, es decir la responsabilidad

total del General en contra de un concepto federalista que hubiera permitido delegar mayores competencias a las Provincias, y por consiguiente a las autoridades políticas del país que ejercían un gran influjo sobre la vida religiosa. Ese gobierno 'panóptico' del General en Roma constituyó siempre un elemento de polémica contra la Compañía. En el Generalato de Acquaviva empezó oficialmente la misión en China, en 1583, con Michele Ruggieri y Matteo Ricci y se fundó la primera reducción del Paraguay en 1609.

Todos estos elementos se revelan constitutivos para la identidad jesuítica y, excepto la *Ratio Studiorum*, mantuvieron su importancia hasta el

*el núcleo de nuestra
espiritualidad se fue
desarrollando en un
largo periodo*

siglo XIX, dando a esa generación de jesuitas un carácter dinámico y creativo en una referencia crítica e independiente de las fuentes originarias. Es interesante ver que la prescripción oficial de los Ejercicios anuales de ocho días se "codificara" tan tarde en el "*Institutum*". El núcleo de nuestra espiritualidad se fue desarrollando en un largo periodo y un elemento constitutivo, que es esencial y evidente para nuestra identidad jesuítica actual, fue añadido

relativamente tarde respecto a nuestra historia.

La misión en China se convirtió en factor representativo de los jesuitas como pioneros que iban hasta las fronteras del mundo. Desde el comienzo, y sobre todo en el siglo XVII, China y las Reducciones constituyeron objeto de controversia a nivel político y teológico, y junto con la *Ratio Studiorum* y con la manera de entender el Generalato representaban los motivos de defensa por los que los simpatizantes defendían y los adversarios criticaban a la Compañía y que llevaron a su supresión. La misión en China y las Reducciones se convirtieron en los elementos históricos más conocidos por los jesuitas actuales y hoy determinan nuestra identidad histórica como ningún otro factor de nuestro pasado. Ambos se mencionan a menudo, cuando queremos extrapolar aspectos positivos de nuestra historia, recibiendo así un carácter mitológico. Merecen en verdad ser percibidos, siempre que nos abramos con decisión a la investigación crítica que cada año conduce a nuevos resultados respecto del carácter social, económico y político, no solamente de nuestra presencia en China y en las Reducciones, sino más bien de toda nuestra historia. Estas reflexiones nos llevan por último a una renovación espiritual.

Conclusión

Estas reflexiones sobre nuestra identidad y nuestro carisma original nos hacen ver cómo se han ido desarrollando algunos elementos esenciales en los primeros noventa años de nuestra historia. Y seguramente hay otros aspectos que no han sido mencionados. ¿En qué época se encuentra la Compañía originaria a la que queremos referirnos? Estas preguntas siguen sin respuesta. Hay condiciones de la primera época que se revelan incompatibles con nuestra autoconciencia jesuítica. Y otros puntos que hoy forman parte de nuestro núcleo esencial y que se añadieron relativamente tarde. Estamos todavía al comienzo de nuestra investigación histórica de nuestra identidad inicial. Y no sólo nuestra identidad difiere de la de los primeros padres, y ésta de la de los primeros jesuitas: existe también la diferencia entre la identidad fijada por las fuentes legales o fundadoras, y la identidad percibida en el ambiente social. Todos estos aspectos constituían y constituyen nuestra identidad que sigue siendo un componente dinámico al que debemos referirnos siempre con un nuevo espíritu abierto, conscientes de que la Compañía de Jesús sigue siendo siempre histórica (*geschichtlich* – se desarrolla continuamente en el tiempo).

* * *

Dedico este artículo a mi amigo Roger Sablonier (+8.VI.2010), medievalista y catedrático en la Universidad de Zurich, inspirador de estos pensamientos gracias a sus investigaciones sobre los orígenes de la Confederación Helvética.